

Mi epístola para Pablo López de Osaba

Desde los orígenes del Consorcio para la Organización del Madrid Cultural 92 (COM-92) todos los profesionales o seguidores de la vida cultural, española o internacional, venimos ocupándonos y preocupándonos a través de los distintos medios –que de una u otra manera tendremos mucho que ver durante todo un año de doce largos meses– para estar por anticipado al corriente y saber lo mejor posible de su marcha, estudiar el proyecto, difundir sus contenidos generales, detallar aquellas áreas que más nos conciernen desde la diversidad musical y sobre el jazz en particular, sugiriendo finalmente propuestas o puede incluso que contrapropuestas o alternativas.

Sin embargo, tenemos la impresión de que desde la sede del M-92 y por razones que desconocemos –¿desconfianza en los informadores, precariedad de medios, provisionalidad de la organización...?– los planteamientos informativos de sus responsables parecen obedecer no a una comunicación abierta, permanente y sobre todo recíproca –de doble dirección– sino incomprensiblemente cerrada, intermitente, unidireccional –de ellos a nosotros pero no a la inversa– con lo que nos cabe la tentación, ya del olvido del Consorcio 92 o lo que sería peor, de la sistemática crítica negativa. Hemos visto y leído ya repetidos ejemplos en este sentido, desde el diario *El País* a la más modesta revista especializada. Diríamos que hay una cierta actitud de incredulidad –cuando no indiferencia– muy extendida hacia el Madrid cultural 92.

Aunque no quisiéramos vernos arrastrados por esta inicial situación informativa de incómunica-ción –informar es una cosa y comunicarse es otra bien distinta– que desde luego no están superando los periódicos “Índices de Programación” remitidos por el Consorcio a los diferentes titulares y medios de su *mailing*, tampoco me parecen suficientes las intervenciones periódicas que el Director del Consorcio, Pablo López de Osaba, se ve instado –supongo– a hacer, como recurso operativo, cada vez que sale algún diario criticando bien lo que se va sabiendo de la Organización, bien lo que no se va sabiendo –por ejemplo el cuadro facultativo de asesores, programadores, promotores, etc.– cuando no augurando malos auspicios.

Me aplico a señalar que lo que peor le podría pasar al M-92 es que entre la sede de Zurbano y los medios de comunicación no hubiese un consenso de divulgación, independientemente de los presumibles juicios críticos, inherentes al oficio informativo. La prensa tiene derecho a reinterpretar el proyecto al margen de la instrucción o contenidos del programa de proyectos y el Director del Consorcio el deber de considerar esas reinterpretaciones, sin que por ninguna de las partes se produzca una escalada de escaramuzas o tensiones, porque podemos llegar todos al supuesto año cultural, completamente crispados.

Quiere decirse que si los señores del Consorcio 92 no tienen dispuesto contar permanentemente con el juicio –por no decir la réplica– de periodistas e informadores, grandes y pequeños, que somos sin lugar a dudas los que inmediatamente a ellos podemos y debemos hacer triunfar el Madrid Cultural 92, nos tememos un fiasco de dimensiones imprevisibles. Y menudo peñazo, estar todo el 92 echando pestes del 92.

En el ámbito general de la música quisiera hacer alguna primera observación y en el campo específico del jazz solicito por parte de los organizadores una respuesta concreta a la idea que voy a proponer. Y por parte de los propios jazzmen y aficionados una solicitud de apoyo reivindicativo, manifestando su parecer con la idea que suponemos de solidaridad con la misma.

La música afroamericana ha dejado de ser en el transcurso de las dos o tres décadas últimas, un producto exclusivamente norteamericano convirtiéndose en un patrimonio musical de ejercicio universal por su propia fuerza artística y la adaptabilidad estética de otras culturas a su técnica. En España ahora mismo tenemos una pléyade valiosa y diversa de jóvenes, y veteranos, intérpretes de jazz, como ya quisieran disponer entre los instrumentistas del mundo sinfónico donde tienen que recurrir a músicos extranjeros para cubrir competentemente las plazas de las orquestas propias. Tal fenómeno de proliferación de jazzmen se ha dado a pesar de las pésimas condiciones de nuestras escuelas oficiales de música, no ya para cualquier pretensión jazzística sino hasta para la música llamada clásica.

Con ocasión de todo un año cultural para una ciudad como Madrid, me resulta sospechosísimo que a nadie del dichoso Consorcio 92, a ningún asesor musical –pero cuántos hay, quiénes son, qué es lo que saben de jazz– se le haya ocurrido hasta la fecha la creación de una big band u orquesta de jazz bien de intérpretes madrileños, bien nacionales, para alrededor de ella programar una serie de conciertos dominicales, por ejemplo, a todo el país y desde luego desde Madrid a través de televisión, sobre la que incorporar solistas internacionales –mucho más barato que traer grupos enteros con un gran nombre y media docena de *mindundis* como estamos hartos de ver– y sin perjuicio alguno también de darle opción a los nacionales, que a su vez son componentes de otros combos de jazz a los que también se puede escuchar como tales grupos constituidos. Además de ser ésta la fórmula más promotora de lo nuestro, es que es igualmente la más económica dado el abundante material humano con el que contamos, por lo que saldría una orquesta de niveles artísticos y técnicos europeos, siempre que no pongan al frente de ella para crearla a los incompetentes oportunistas de siempre que merodean por los organigramas de la incultura pública. Valga como referencia precedente la formación en Francia, a instancia de su Ministro de Cultura, monsieur Lang, de la orquesta nacional de jazz francesa, escuela principal de músicos modernos de gran altura, aparte de recreo estético y pedagógico así como estímulo para muchos aficionados cuyas demandas han perfilado unos gustos por un jazz importante europeo en estos momentos y sin perjuicio de las grandes figuras actuales del jazz norteamericano.

Finalizo esta carta abierta con un planteamiento que no tengo claro todavía con el M-92: si va a haber risa o llanto y quiénes van a sentir ganas de lo uno o de lo otro. Pero lo iremos viendo según nos vaya en tan larga feria cultural, que no quisiera que acabara en simple pelea de gallos hastiados para rifarse la especie de timba por la gran cultura con que se nos amenaza para el año que viene. ¡Madrileños, que viene el 92!, ¡socorro!, ¡help me!, ¡au secours!, ¡zu hilfe!